

armónicos, basados en el contraste brusco y en los más sutiles matices que dan novedad, "novela", como diría un filólogo, a un suceso individual o gregario de la sorprendente existencia humana. Sólo cabría observar el estilo algo engolado y abstruso de Jaramillo, hombre sano y dinámico que por su trabajo convive entre peones y chinas, estando algo contagiado con la eufonía maliciosa de sus hablas.

Renovar con esta novela de Hernán Jaramillo la polémica entre criollistas y anticriollistas nos parece fuera de lugar; sólo hay buenos y malos novelistas, abstractos, urbanos o vernáculos, y una obra no se impone con argumentos en favor suyo, sino con su propio resplandor. Nosotros sólo hemos desconfiado siempre del paisajismo, que mezcla la plástica con la literatura y si se trata de novelas o cuentos de costumbres, no alcanza a perfilar un carácter. Hernán Jaramillo huye del simple paisajismo y busca, todavía, en forma atolondrada, casi bárbara, la silueta interna del hombre. Con ello da un paso esforzado, heroico, en nuestra mejor prosa campesina.



*El Muchacho*, novela de JAIME VALDIVIESO

EL AUTOR NARRA en primera persona un proceso subjetivo, adolescente, con sensible precisión de rasgos, con las rebeldías crudezas y crueldades, de quien, por fortuna, no alcanza la monótona edad de la razón. James Joyce, en su *Retrato de un Artista* o en los trozos más directos y escabrosos del *Ulysses*, está presente en esta novela breve, impresa con letra grande, que sólo alcanza 124 páginas. Acaso el problema novelístico exija, en primer término, escribir con soltura y sin prejuicios el propio diario íntimo; en seguida, retratar a los personajes vivos que nos rodean, trasladar a la letra impresa la complejidad de su lenguaje —como aconsejaba Nietzsche— y, en seguida, lanzarnos al mundo de la creación sorpresiva. La más desorbitada fantasía tiene su propia lógica, cierta equidistancia, cierto rigor en los matices y contrastes. Valdivieso todavía se detiene en las frondas del lenguaje; pero hay en él un escritor de fibra, tenaz, inconforme.



<https://doi.org/10.29393/At383-29CELM10029>

*Cuatro Estaciones*, novela de JOSÉ MANUEL VERGARA

SI SE NOS EVOCARA a dar un perfil, una impresión, del autor de esta obra, a quien conocemos personalmente, pero no con la indispensable hondura, di-

ríamos que está movido por tres fuerzas poderosas más visibles que las demás. Su condición de católico, hondamente arraigada en su fuero íntimo, acaso desde los albores de su vida, su formación social, vástago de una clase vieja, siempre dominante en Chile, y su anhelo de ver repercutir su espíritu en una zona de libertad, que podría conducirle al ejercicio pleno de los grandes taumaturgos. En su primera obra, *Daniel y los Leones Dorados*, que muestra, por encima de cualquiera apreciación estilística o casticista, una capacidad narrativa extraordinaria, una percepción natural y aguda de rasgos humanos y de lenguaje, que debe de haber caracterizado a los más leídos folletistas, está visible este contraste, casi conflicto diríamos mejor, a que hemos aludido. El protagonista es un hombre joven, un aventurero, que se deja estar, en apariencia, por las mallas del amor físico, que intenta un crimen de índole más bien abstracta, y que, por último, resulta inmovilizado por su constante visión de eternidad, por el temor al castigo divino, por su inexorable disyuntiva interna entre el bien y el mal, no por ellos mismos, en cuanto a la capacidad del hombre para realizarlos, sino frente al abismo del premio o del castigo eternos. No sobra recordar que toda la novelística de Dostoiewsky se basa en parecido dilema, con la diferencia de que el atormentado genio ruso no encuentra jamás sosiego y que sus concepciones metafísicas las encarna, guiado por su natural oficio novelístico, en personajes arquetípicos que sin ser capaces de andar solos, a ras de tierra, como la mayoría de los hombres, son fácilmente reconocibles como símbolos humanos, dueños de grandes zonas de humanidad que los avasallan. Tal es el caso de Dimitri Karamazoff, la simpática pasión animal, generosa y contradictoria, hecha hombre, y de Aliosha, el santo cotidiano que ha invertido la soberbia familiar hacia una pasiva actitud católica. Pero no sigamos con esta lucubración.

El dilema constante de Vergara entre el bien y el mal, entre el "nada es verdad y todo está permitido" de Nietzsche, y el libre albedrío cristiano que permite al hombre actuar a sus anchas, sin olvidar de que lleva dentro de sí un destino de eternidad espiritual del cual debe responder, se explaya en esta nueva novela *Cuatro Estaciones* que viene a proseguir, con seguro paso, la obra narrativa del autor. Aquí le ha servido de ejemplo, probablemente, esa prodigiosa novela del alma infantil que se llama *Demian* de Hermann Hesse, en cuyas páginas se pasa imperceptiblemente de los primeros hallazgos captados por un niño, a las formulaciones más severas del pensamiento socrático. El tema es arduo y Vergara desde sus primeras páginas, cuando narra las situaciones conflictuales entre el protagonista

rebelde y su padre, fijando el acento partidario, aunque no lo haya querido, en el primero, oscila entre el peligro de escribir una novela valerosa y una moraleja infantil, de aquellas que impelen el curso del mal, desde el robo de un nido con pajarillos, hasta el asesinato a mansalva.

Las condiciones de narrador folletinesco, lo afirmamos como pudiéramos decirlo del novelista italiano Alberto Moravia, en un sentido benéfico de amenidad, no se han perdido. El autor observa con justeza los rasgos, tiene buen oído para trasladar a la página escrita un auténtico lenguaje, sin ripio, y sólo decae cuando esfuma el dramatismo de su acción con procesos imaginativos superpuestos, cuya falsedad el lector diestro adivina a primera lectura. Sirva de ejemplo ese homicidio frustrado con que Vergara pretende finalizar su novela sin lograrlo, sin poder renunciar a un conflicto muy bien planteado entre el hijo y el padre, que merecería muchas páginas enjundiosas para esclarecerse. Así ocurre que por prisa, siempre negativa en la concepción y trabajo de una obra de arte, una novela que pudo ser muy densa, se convierte en un testimonio, propenso a la frivolidad y a la lijereza. Pero Vergara, autor todavía muy joven, es dueño de un destino más promisorio de lo que aparenta en las letras chilenas.



*El Infierno del Paraíso*, por ANTONIO CAMPAÑA

EL POETA Antonio Campaña obtuvo en 1952, con su libro *La Cima Ardiendo*, un Premio Municipal de Poesía y hace poco tiempo, escaso para la cronología poética, ha publicado *El Infierno del Paraíso*, obra de los 35 años. Los trabajos insertos en el libro anterior de Campaña, impresionaban por un exceso de palabras y la indudable cultura poética del autor, se hacía presente todavía en forma ingenua, directa, mostrando el filón libresco, en especial de la más moderna poética española. En este último libro, en su *Infierno del Paraíso*, Campaña ha dado un seguro paso. La vasta cultura lírica está totalmente asimilada y el poeta se lanza a descifrar el mundo, mediante recursos y claves puramente artísticos. El tema central del libro es el amor, un amor sensual que engarza, en forma casi monótona, dos o tres elementos visibles y concretos, pero tras esta impulsión hay todo un mundo de lirismo denso, de universo poético y esto último ya es muy importante. Escribe Antonio Campaña, en su *Infierno del Paraíso*: "Las cosas están ahí donde tú hallas el polvo, // Pero entre el cuerpo y el alma sigue